COLOR HISTORIETAS







COLOR PARA NIÑOS

Aparece los Sábados

Suplemento Cómico de CRITICA en Multicolor

Abril 4 de 1931















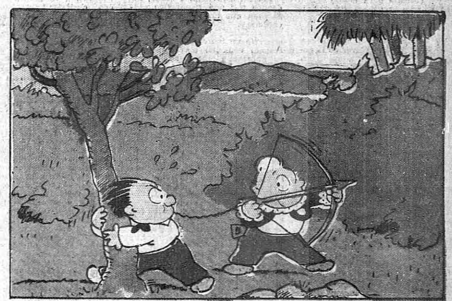






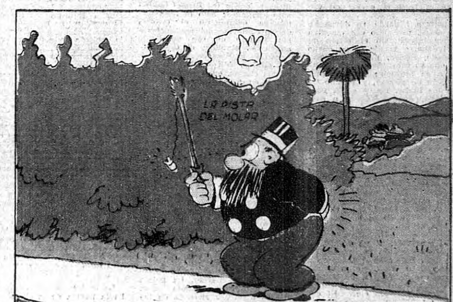




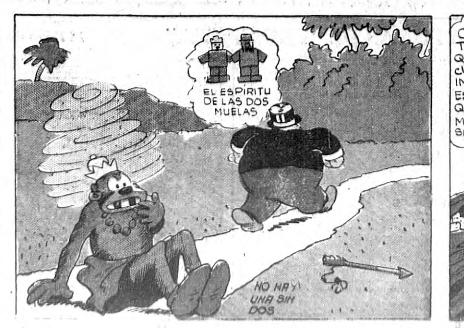
















"Mañana llegaremos a la isla del olvido"... (Dibujo de Premiani)

La Goleta "El Terror"

(Cuento para niños)
(Especial para CRITICA)

I

TODAS las tardes, al volver de la escuela a sus casas, Perico y Billarda pasaban por un sucio bodegón cuyo nombre, "Botiglieria d'Oltremare", indicaba bien a las claras que su dueño no era precisamente inglés. Y todas las tardes sin excepción se detenían delante de su vidriera, como atraídos por un imán. Allí, junto al estanque donde se apretujaban las ranas y sobre una pirámide artísticamente construída con cajas de conservas y petits-poids se contemplaba una botella en cuyo interior, como un mamut aprisionado por el hielo, un velero desplegaba su fina silueta. Era una maravilla de paciencia todo él: sus dos palos, sus velas, sus puentes, sus áncias. Hacia la proa, escrito en caracteres más que diminutos, se leía su nombre: "El Terror", que daba al velero un aspecto sombrío. No parecía sino que, al primer soplo del viento, iba a salir de su inmovilidad para lanzarse al mar, a todo el correr de sus velas.

Mientras Billarda se devanaba los sesos, pensando cómo podían haber introducido el velero en la botella, a través de su cuello delgado, Perico, más imaginativo que su compañero, daba rienda a su fantasía; ya se sentía capitán de piratas, y tirando lejos los libros, iba y venía gesticulaba, dando órdenes a gritos, dirigiendo una maniobra seguramente arriesgada, a juzgar por la imponencia de su voz:

—¡Iza a babor! ¡Rayos y centellas! ¡Apurad, bellacos! ¡Cuernos de Lucifer!

El se veía sobre el puente de mando de la goleta "El Terror", capeando un temporal en pleno mar de los Sargazos.

Y por todo el día lo acompañaba el recuerdo del velero aquél, hasta que llegaba el sueño, tarde ya de la noche, y lo vencía al fin.

II.

Ni una vela, ni un pájaro, ni una voz en toda la inmensidad del mar. Sólo ellos dos, Perico y Billarda, tirados sobre la última tabla del naufragio. Ni hablaban ya, aniquilados por el eterno ir y venir de las olas. El día anterior habían comido la última galleta marinera y bebido el último trago de agua dulce. Sentían la lengua como si no les cupiera en la boca y confusas imaginaciones, nebulosas visiones se elevaban sobre el horizonte. La sed y el hambre eran ahora sus compañeros más palpables. Sólo a ratos, uno de ellos se elevaba sobre los codos e interrogaba ansiosamente la distancia. ¡Ni una vela en el horizonte!

Por fin llegó la noche, el aire se hizo más fresco, y la sed no apretó tanto. Bajo las estrellas, no estaban tan solos.

A la mañana siguiente, apenas la claridad del día les permitió ver, un grito de ardiente júbilo se escapó de sus labios quemados por la sed: allí, no muy lejos de ellos, un velero se avistaba, navegando a todo trapo. Pronto estuvo cerca y pudieron alcanzar su nombre: "El Terror". Sus dos palos se elevaban esbeltos, ostentando desplegadas todas sus velas, sus cangrejas y "escandalosas". Pero no traía bandera, y su aspecto era sombrío.

Cuando estuvieron al costado de la goleta, vieron que por sobre la borda, varios rostros patibularios se inclinaban a observarlos.

Por fin estuvieron a bordo, rodeados por una tripulación abigarrada que los medía con desconfianza.

Abriéndose paso entre ellos apareció un individuo que, por el respeto con que los tripulantes se apartaban y por una cierta prestancia que irradiaba su figura, los dos amigos supusieron enseguida se trataba del capitán del barco. A ambos lados de su cintura y emergiendo de la faja que la envolvía, un puñal y una pistola decían lo que no decían sus palabras. Lívidas cicatrices surcaban su rostro y bajo la vincha que apretaba el pelo, sus ojos brillaban con una luz siniestra.

Una vez que los hubo interrogado, averiguando hasta los menores detalles del viaje, del naufragio, de sus familias, etc., ordenó a su gente los encerraran en un estrecho pañol sobre cubierta, no sin antes cerciorarse de que pusieran agua y comida a su disposición.

Esa noche, a través de una pequeña ventana de su prisión, Perico y Billarda pudieron contemplar un cuadro que los impresionó fuertemente, llenándolos de inquietud. Sobre cubierta, formando un círculo alrededor de su jefe, se hallaban deliberando los piratas. Todos los fuegos habían sido apagados; sólo la luna iluminaba débilmente el cuadro, dando contornos sobrenaturales a las figuras de ese fantástico aquelarre. Hablaba el capitán:

—Mañana llegaremos a la isla del Olvido. Allí habita la tribu de los Parias, cuyo jefe, el Gran Tabú, es amigo nuestro. Todos los años, para esta fecha, realizan la fiesta de Uhl, el dios de los parias, cuyas iras sólo son apaciguadas con sacrificios humanos. Propongo que, como un presente a nuestros amigos los parias, entreguemos los dos cautivos en holocausto al dios Uhl. Ellos nos recompensarán espléndidamente. No olviden que la isla del Olvido es la más rica del archipiélago y que una sola de sus perlas bastaría para enriquecernos!

La proposición del jefe fué aceptada por aclamación. Después, todos se dedicaron a beber y a cantar, regocijados con la idea del botín que los aguardaba.

III

Al otro día, amenecieron frente a la isla del Olvido. La goleta enfiló hacia una quieta bahía que se mostraba rodeada de lujuriosa vegetación. A la vista del barco, innumerables indígenas llegaban a la playa, observaban con curiosidad y conversaban entre ellos animadamente, haciendo grandes ademanes en dirección a la goleta. De ésta se desprendió una canoa con el capitán y varios hombres de la tripulación. Perico y Billarda pudieron ver entonces que, apenas pisaban tierra, eran sin duda reconocidos, pues los indígenas deponían la actitud amenazante en que se hallaban y se acercaban a ellos con claras muestras de alegría.

Horas más tarde volvieron al barco en busca de los cautivos y los llevaron a presencia del rey. Las chozas de la aldea estaban agrupadas desordenadamente, dejando un claro en el medio, a manera de plaza. Allí estaba reunida toda la tribu, hombres, mujeres y niños, con la gravedad de una ceremonia. Y sobre un estrado, frente a la muchedumbre, se hallaba sentado el Gran Tabú, rey de los parias, desnudo el enjuto pecho atravesado de cicatrices y mostrando el rostro materialmente cubierto de complicados tatuajes.

El jefe de los piratas se adelantó con los cautivos y enfrentándose al rey, luego de besar el suelo tres veces, comenzó a hablar con voz potente algo que Perico y Billarda no entendieron. El capitán se expresaba en la lengua de los salvajes. Lo que dijo debió de ser del agrado de ellos, pues el rey, poniéndose de pie, hizo ademán de invocar a la altura y trayendo hacia sí al pirata, puso una mano sobre su cabeza y con la otra hizo un amplio movimiento, como ofreciendo todo cuanto tenía a su vista, mientras hablaba con gran solemnidad.

Inmediatamente, a una señal de un anciano, los indígenas comenzaron a dar grandes gritos, bailando convulsivamente ya aislados, ya formando largas filas elípticas que súbitamente deshacían para entregarse a los más arriesgados ejercicios, corriendo, saltando, arrojando sus armas al aire y tomándolas nuevamente al caer.

Pronto comenzó a circular el alcohol y la confusión se hizo general, mezclándose los aventureros con los salvajes, en una bacanal indescriptible que duró tres días.

IV

La cortina de junco que tapaba la puerta de la choza se alzó y en el marco rojizo formado por el resplandor de las fogatas, se recortó la figura de un anciano. La cortina volvió a caer, y la choza quedó nuevamente sumida en la oscuridad.

Al ver entrar al desconocido, los cautivos se sobresaltaron y retrocedieron temerosamente hacia un rincón de la choza.

—¡Chist! —musitó el recién llegado — nada teman de mí, pues vengo a ayudarlos.

Grande fué la sorpresa de los dos amigos al oír que el anciano se expresaba en español, pues no reconocieron en él a ninguno de los piratas; y una débil luz de esperanza se filtró en sus almas.

—Me llamo Alcázar, el doctor Sebastián Alcázar. Hace quince años, viajábamos con mi mujer y mis hijos rumbo a América, cuando se desencadenó una terrible tempestad que durante toda la noche jugó con el trasatlántico como una cáscara de nuez. Y a la madrugada siguiente naufragamos. De mi familia, sólo mi hijo menor, entonces de cinco años de edad, y yo, salvamos nuestras vidas, y con otros pocos sobrevivientes vinimos a dar a esta isla habitada por salvajes y distante miles de millas de las rutas de todos los vapores. Durante quince años, sólo piratas han llegado aquí. En ese intervalo de tiempo, fueron muriendo uno a uno los otros náufragos, al punto de que hace cinco años somos, mi hijo y yo, los únicos hombres blancos de la isla del Olvido.

Durante una peste que diezmó la tribu, tuve ocasión, gracias a mi profesión de médico, de hacer algunas curas que me valieron la veneración de todos y el título de hechicero de la tribu de los parias. Debido a ello, mi hijo no se ha privado de nada, y yo he podido educarlo, inculcándole mis conocimientos y despertándole el amor al estudio y a la observación de la naturaleza.

Yo ya soy viejo, y poco viviré. Pero mi hijo tiene veinte años, va recién a comenzar la vida, y yo no moriría en paz si lo dejara entre estos salvajes, sin esperanza ninguna de volver al mundo de su raza. Y ahora, la venida de ustedes es la única y seguramente la última posibilidad de realizar mi sueño. Para ello, he ideado el siguiente plan.

Les explicó de qué se trataba: valiéndose de su poderoso ascendiente sobre los indígenas, les haría creer que el dios Uhl le había revelado el sitio en que se hallaba escondido el tesoro de Amnises, por el cual suspiraban los parias desde tiempo inmemorial. Inmediatamente se pondría en marcha hacia el interior de la isla: sería seguido por todo el pueblo indígena como por un solo hombre, y sin duda alguna también por los piratas, que no desperdiciarían una ocasión como esa de cobrar el precio de los cautivos que iban a ser sacrificados a Uhl.

Una vez solos en la aldea, Perico y Billarda, cuyas ligaduras habrían sido previamente aflojadas por el anciano, se unirían al hijo de éste, que estaría aguardándoles en la bahía. Entre los tres, dominarían sin dificultad al centinela apostado en la goleta, y sin pérdida de tiempo levarían anclas y partirían.

—¿Y usted? — Preguntó Perico, una vez que el anciano hubo concluído de exponer su plan.

—Ya les he dicho que yo soy viejo, y mi vida no vale el porvenir y la felicidad de mi hijo, amén de la libertad de ustedes. Por otra parte, fácil me será engañar a los indígenas para que no descubran la estratagema. La huída de ustedes aparecerá debida únicamente a que aprovecharon la circunstancia de hallarse completamente sólos. Y una vez en nuestra tierra, tal vez les sea posible venir un día a rescatarme a mí.

—Pero está usted completamente seguro, señor, de que los salvajes no sospecharán de Vd.?

—Completamente seguro. Durante quince años he sido el guía, el protector, el padre de ellos, así que la menor sospecha les parecería un sacrilegio.

—¿Y los piratas?

—No teniendo medios de escapar, y en enorme inferioridad numérica con los indígenas, sólo les quedará el camino de vivir en paz con ellos hasta que arribe algún otro buque pirata y se los lleve. Aunque dudaran de mí, no se atreverían, pues, a denunciarme, por temor de indisponerse con los parias.

No tengan cuidado de ninguna especie; todo está pensado. Ya he hablado de ello con mi hijo, y está conforme.

Mañana les daré mis últimas instrucciones. Mientras tanto, reflexiónenlo bien. Hasta mañana, y buenas noches, muchachos.

V

Todo sucedió de acuerdo con lo pensado por el anciano. Con enorme júbilo recibieron los parias la nueva de que al fin encontrarían el tan codiciado tesoro de Amnises. Inmediatamente se puso en camino toda la tribu, guiada por el anciano hechicero y seguida por los piratas, que vislumbraban la ocasión de un buen botín.

Pronto no quedó ni un alma viviente en la aldea, exceptuando los muchachos cautivos.

A pesar de ello, sólo con grandes precauciones abandonaron éstos su prisión y se dirigieron a la bahía. Allí se encontraron con el hijo del hechicero y subiendo a un pequeño esquife que utilizaban los piratas y que se hallaba amarrado a la costa, pronto estuvieron a bordo del velero, escondidos entre unos barriles que se hallaban allí apilados.

Frente a ellos, cabeceaba de sueño el centinela; sobre sus rodillas tenía el fusil, listo a emplearlo a la menor alarma. Y de ahí la primera dificultad. ¿Cómo salir de su escondite sin ser vistos por el centinela? Este, armado como estaba, era un obstáculo insalvable.

Presas de horrible angustia, tuvieron que aguardar a que oscureciera. ¿Cuánto tiempo esperaron? Ese impedimento, cuando ya acariciaban el éxito, los impacientaba al paroxismo. Y la quietud en que debían estar, conteniendo hasta la respiración, les parecía el más espantoso suplicio.

Por fin declinó el día y las sombras fueron invadiendo poco a poco el barco. Salió entonces el hijo del anciano, cautelosamente, y dando un rodeo se acercó al pirata por la espalda y lo tomó fuertemente del cuello con el brazo, como con una tenaza, al tiempo que Perico y Billarda, saliendo a su vez, lo desarmaban y ataban con sogas, impidiéndole toda resistencia. El barco era de ellos.

Se aprestaban a desplegar las velas y levar anclas, cuando súbitamente los tres se detuvieron a un tiempo y se miraron llenos de inquietud. Desde la isla llegaba una confusa gritería, cada vez más cercana.

Con la mirada se dijeron: Nos han descubierto. Y en ese instante vieron fracasadas todas sus esperanzas.

Su primer impulso fué el de precipitar la maniobra y hacerse a la mar, antes de que llegaran a tomarlos. Pero el hijo del hechicero no tardó en desistir. Los gritos se oían ahora distintamente y algo debió comprednder él de lo que decían, pues con desesperación gritó:

—¡Mi padre, mi padre! ¡Lo han descubierto y lo matarán!

Sin detenerse en pensar más, se quitó el saco y se arrojó al agua, nadando hacia la costa.

Perico y Billarda se miraron perplejos. "¿Qué hacemos?". La gritería era cada vez más próxima. Pocos minutos les quedaban para resolver. ¿Huirían o volverían junto a sus compañeros los cautivos blancos? Esos minutos de indecisión parecieron siglos a los dos amigos.

Por fin, Perico, con súbito arranque, se quitó el saco y se echó al agua. Y Billarda lo siguió sin titubear.

VI

—Pero, Perico, ¿qué estabas soñando? ¡Te has caído de la cama! Vamos, vístete pronto, que ya se te hace tarde para ir a la escuela...

Ulises Petit de Murat

La maldad en el pozo

"¡Pero! ¡Pedro! — gritó desesperado Juan. (Dibujo de Bernabó)

(Especial para CRITICA)
por María Julia Bernard.

SIEMPRE fué así. Altanero, orgulloso, prepotente. En el colegio quería ser el primero, aun cuando su inteligencia distaba mucho de equipararlo al pequeño Juan, tan ágil, tan aplicado y comprensivo.

Una tarde esperó al pequeño Juan a la salida de la escuela y le dijo:

—Si vuelves a sacar sobresaliente te rompo las narices.

El pequeño Juan obtuvo la más alta clasificación y Pedro, irritado, lo provocó al terminar la clase:

—Consentido, te dije que te aplicaría dos bofetadas si te adelantabas a mí. ¿Crees que voy a permitir que por la simpatía de la maestra saques más puntos que yo?...

Pedro, brutal como siempre, le dió un golpe en el rostro. El pequeño Juan comenzó a sangrar. En ese instante, la maestra detuvo su paso frente a ellos y amonestó severamente al niño pendenciero.

Apenas se reconocieron en el río.

—¡Ah!... ¿Con que tú eres Juan?... ¿Te acuerdas de aquella trompada que te di al salir del colegio?... ¿Sí?... Pues bien, Juan, aquí es lo mismo que en el colegio. Ya lo sabes.

Juan era un muchacho delgado, rubio, de cara bondadosa. Pedro, de contextura más recia, daba una impresión de fuerza y de salud. Los dos eran nadadores y ambos habían señalado más de un "record" en su carrera deportiva.

—Vas a medirte conmigo por el campeonato, Juan. Si estimas en algo el pellejo, pórtate bien.

Juan no se incomodó por la amenaza. Por el contrario, reconfortado en su ánimo, sentíase optimista, risueño, feliz. Dedicó más horas al entrenamiento y en la víspera de la prueba decía:

—Estoy seguro de mí mismo. Mañana ganaré.

Y en efecto, a brazadas con las olas, en reñida lucha, Pedro fué vencido por Juan.

Pedro, terminada la prueba, retiróse cabizbajo. Había sido lesionado en su amor propio y dentro de él hervía la rabia y el deseo de destrozar a su rival.

Si se propusiera, Juan no volvería sano a su casa. Pero, reflexionando, llegó a la conclusión de que mejor sería conformarse con la suerte y aguardar una nueva oportunidad.

El elogio al ex condiscípulo exacerbaba a Pedro. No podía tolerar ninguna superioridad y lo que en verdad le irritaba era que fuera tan luego Juan, aquel chiquilín del colegio, quien se colocara en primer término.

—Debí romperle las narices al terminar la prueba — se dijo...

No pudo dormir. Durante toda la noche se revolvió entre las sábanas con la obsesión de su competidor.

¿Es que iba a encontrarse siempre con Juan? ¿Es que estaba escrito que fuera Juan el señalado por el destino para humillarlo?...

—De no ser Juan, a estas horas todos los honores serían para mí — pensaba.

Al amanecer, su trabajada mente había madurado el plan. Era preciso que Juan desapareciera para brillar él. ¿Cómo lograr que su rival odioso se borrara para siempre de la vida?... Recordó el pozo del río Verde, a milla y media de la cascada.

Había cambiado fundamentalmente el carácter de Pedro. Era amable, condescendiente, gentil. Juan estaba extrañado de esta transformación.

Le parecía mentira escuchar de labios de Pedro palabras cordiales y halagadoras:

—Eres un gran nadador, Juan. Palabra que no creo que haya quien te iguale.

Juan, en cariñoso tono, respondía:

—No, Pedro, tú sí que eres ágil y resistente. De veras que quisiera ser como tú.

Al atardecer llegaron al río. Pedro le propuso echarse al agua y recorrer un trecho para pasar el rato y Juan aceptó de buena gana.

—¿Has ido alguna vez hasta el pozo? — preguntó Pedro.

—No. Es peligrosísimo. Si te agarra el remolino no cuentas el cuento, Pedro.

—¡Bah!... Yo estuve ayer y te digo que el pozo es una leyenda. He llegado hasta cincuenta metros de la cascada. Vamos, Juan...

Los dos nadadores avanzaron río abajo. De pronto, Juan dió un grito:

—¡Pedro, el pozo!...

—¡No temas! ¡Pareces una niña! ¿No te dije que ayer estuve por aquí?

Y como Juan se resistiera, Pedro lo tomó de un brazo y le dió un empellón.

—¡Vamos, Juan!...

Juan pudo retroceder. Una enorme ola lo cubrió y al desasirse de ella vió a Pedro arrastrado por la corriente.

—¡Pedro! ¡Pedro! — gritó desesperado Juan.

Pedro no pudo responder. El pozo del río Verde, en el cual en su meditación criminal había resuelto enterrar a Juan, se lo tragaba.

La mano de Dios hacía justicia hundiendo para siempre la maldad en el pozo.

La Voz del Agua

Era pura nieve
y los soles me hicieron cristal
Bebe, niño, bebe
la clara pureza de mi manantial

Canté entre los pinos
al bajar desde el alto nevero:
crucé los caminos,
di armonía y frescura al sendero

No temas que aleve
finja engaños mi voz de cristal
Bebe, niño, bebe
la clara pureza de mi manantial

Allá cuando el frío,
mi blancura las cumbres entoca
Luego, en el estío
voy cantando a morir en tu boca.

Tan sólo soy nieve,
no me enturbian ponzoña ni mal
Bebe, niño, bebe
la clara pureza de mi manantial

Enrique de MESA

LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE "TROMPETA"

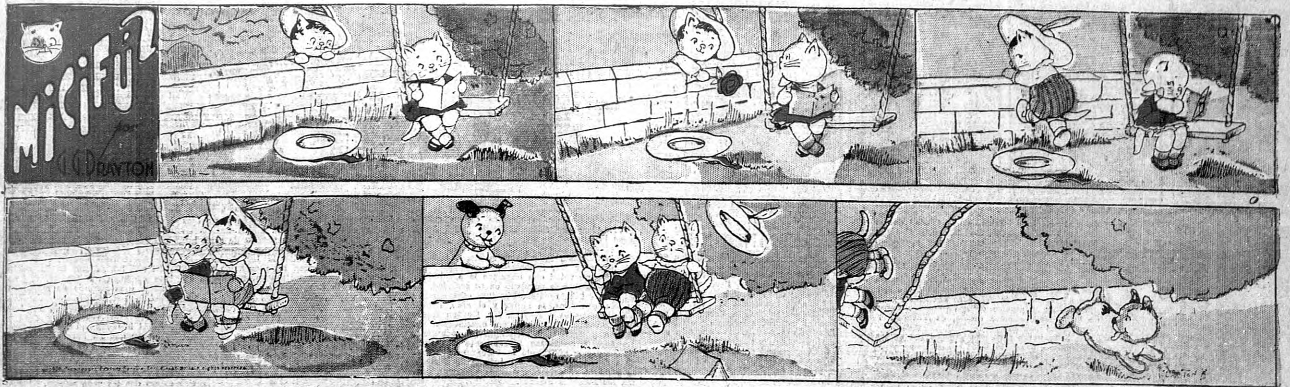
El Perro Cara Dura — por George Studdy











MOCITO Y PALOMINA

Por G. G. DRAYTON






EL GUARDABOSQUE LE RESPONDIÓ: "LEJOS, MAS ALLÁ DEL LAGO, HAY UN CASTILLO. DONDE DICEN QUE VIVE UNA SEÑORA MUY RICA, LOS DEJARÉ EN LAS CERCANÍAS; PUEDE SER QUE LA PROPIETARIA SE APIADE Y LOS LLENE DE PRESENTES. SIEMPRE ESTARÁN MEJOR QUE A TU LADO. CORAZÓN DE HIENA,


AL OTRO DIA, MUY DE MADRUGADA, EL GUARDABOSQUE LOS LLEVÓ HACIA LA CASA MISTERIOSA. COMO CONFITE ESTABA EN EL SECRETO DE TODO, LLEVÓ UNA BOLSA DE PIEDRITAS, Y LAS FUÉ ARROJANDO POR EL CAMINO...



CUANDO SE REPUSIERON DE LA SORPRESA, EL GUARDABOSQUE HABIA DESAPARECIDO. LLAMARON A LA CASA Y LA DUEÑA LOS HIZO PASAR. ERA UNA VIEJA BRUJA QUE AL PRINCIPIO DISIMULÓ DÁNDOLES GOLOSINAS. PERO, CUANDO TERMINARON LOS ENCERRÓ EN UN GALLINERO


A CADA RATO SE PRESENTABA HORRIBLEMENTE DISFRAZADA Y HACIA QUE LOS PRISIONEROS LE MOSTRARAN UN DEDO DE LA MANO, PARA VER SI ENGORDABAN BIEN, PUES PENSABA COMERLOS EL PRIMER DIA DE FIESTA QUE LLEGARA, DE MODO QUE SE ENOJABA AL ENCONTRARLOS FLACOS.


HASTA QUE, YA RESUELTA A MATARLOS, PRENDIÓ EL HORNO. CONFITE, QUE, POR SU CONDICIÓN DE PERRO, SE LIBRÓ DEL CAUTIVERIO, APROVECHÓ LA OPORTUNIDAD QUE LA VIEJA SE ASOMABA A LA BOCA DEL MISMO, PARA VER SI ESTABA CALIENTE, PARA EMPUJARLA ADENTRO.



DESPUÉS CERRÓ LA PUERTA Y CORRIÓ A LIBERTAR A MOCITO Y PALOMINA, CORINA Y CHALITO; RECORRIERON TODA LA CASA, Y EN EL CUARTO DE LOS TESOROS CARGARON MUCHO DINERO Y JOYAS PARA LLEVARLOS AL POBRE GUARDABOSQUE.




COMO CONFITE HABIA ARROJADO PIEDRAS EN EL CAMINO, PARA SABER POR DONDE DEBERIAN VOLVER, LES FUÉ FÁCIL ENCONTRAR LA CABAÑA, AL PIE DE UNA ELEVACIÓN, ENTRE COPUDOS ÁRBOLES, DENTRO ESTABA EL PADRE, QUE, ARREPENTIDO, SE DISPONIA A IR A BUSCARLOS...





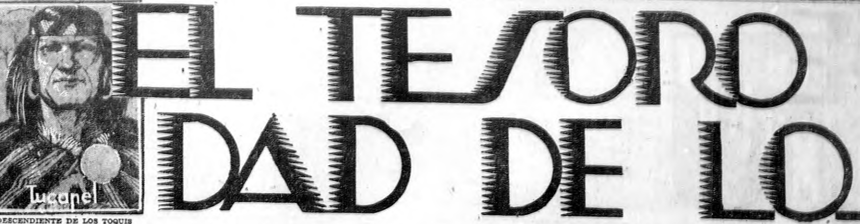
EX SARGENTO DE LA POL. MONTADA



ESPOSA DE JIMMY



SUBJEFE DEL DESTACAMENTO



DESCENDIENTE DE LOS TOQUIS



El Tesoro de la Ciudad de los Césares

Novela de aventuras, original del célebre escritor yanqui Milton Harvey, cuyos derechos de publicación en castellano ha adquirido con carácter exclusivo CRITICA

EPISODIO IV

"Los bandoleros del Norte en la Patagonia Argentina"

I

"MAULEN"

EL DIOS BENEFICO

—ESA gente — dijo Jimmy el Peliencendido, refiriéndose a Mr. Nicholson, a Mr. Gordon Burke, a Bill y a todos aquellos que pretendían despojarlo del legajo que guardaba el secreto del tesoro de la Ciudad de los Césares. — Esa gente, Joe, malgasta el tiempo y las ideas. ¿Qué conseguirían apoderándose del legajo, vamos a ver?...

—Saber la existencia real del tesoro, Jimmy — respondió Joe.

—¡De eso ya están seguros!... El legajo sólo indica el lugar aproximado. El único que sabe a ciencia cierta dónde se encuentra y de qué medios es preciso valerse para ser dueño de la inmensa riqueza oculta, es Tucapel. Y Tucapel no hablará.

—¿Cómo harás para que Tucapel sea de los nuestros? — preguntó Dick.

—Le diré que el "Guenu Pillan" lo ordena. Y el "Guenu Pillan" es el espíritu del Cielo. Le diré también que me envía Maulen, el Dios Benéfico. Y Dios, para el indio toqui, es el Gran Toqui del Mundo Invisible.

Jimmy, Joe y Dick, estaban preparados para el viaje. Con ellos irían Eleonor y Jack, la mujer y el hijo del Peliencendido.

Pero, hay proyectos de difícil realización y éste de la aventura del tesoro era uno de ellos. De manera que no se extrañe el lector si todavía ocurre algún serio contratiempo que retrase la marcha de los cinco hacia la Patagonia Argentina.

II

EL SUBJEFE

¿QUE ACTITUD ADOPTARA Mr. BURKE?

¿QUE actitud adoptará el subjefe del Destacamento con respecto a su ayudante Mr. Nicholson?

Mr. Gordon Burke tiene porqué dudar de Mr. Nicholson. El legajo pertenecía al subjefe. Hubiera dado parte a la superioridad, pero, desgraciadamente, el astuto Mr. Nicholson había logrado disuadirlo.

Mr. Gordon Burke, al ocultar el legajo del tesoro, había violado sus deberes de funcionario policial. ¡Y total, para que una noche se lo robaran y Mr. Nicholson no hiciera otra cosa que conspirar!...

Mr. Gordon Burke estaba decidido. Hizo llamar a su ayudante y una vez solos, le dijo en tono que no admitía réplica:

—Estoy más enterado de lo que usted supone, Mr. Nicholson. Por mis propios medios he averiguado la muerte de Smirloff. También sé que si no es por Li-Sung a estas horas usted estaría todavía colgado de un árbol. De manera que quiero de usted la verdad, ¿entiende?... Estoy dispuesto a jugar el todo por el todo. O nos portamos como compañeros o terminamos de una vez. Usted tiene la palabra.

—Mr. Burke — respondió el ayudante, — su reproche es injustificado.

—Sé perfectamente a que atenerme, señor.

—¿Quiere usted que dejemos las sospechas de lado y nos unamos con Li-Sung para la conquista del tesoro? Li-Sung es un elemento inapreciable.

Mr. Gordon Burke meditó un rato. Luego, resuelto, dijo:

—Acepto, Mr. Nicholson. Pero, entendido que la traición se pagará con la vida. No debemos ser mal pensados.

Mr. Nicholson iba dejando de imaginar traiciones porque había llegado a la conclusión de que a la postre, lo mejor era proceder derechamente con Mr. Gordon Burke.

III

LOS BANDIDOS

BILL Y EL CONTRABANDISTA RESNECK

—¡ME gustan los negocios redondos, Bill... Tanto llevo, tanto cobro. Ahí va la mercadería y vengan los dólares. Nada de novelerías ni de romanticismos, Bill! El contrabandista Resneck, el de la cicatriz en el mentón, estaba de buen humor. Había liquidado el cargamento de whisky a mejor precio que nunca y posiblemente se le presentara la oportunidad de obtener otra pingüe ganancia.

—Jefe, yo sé lo que le digo. Aquello es una riqueza incalculable, —insistió Bill.

—No me convencerás, Bill. ¿Cómo quieres que abandone mi honrada profesión de contrabandista?

—Jefe, usted es un hombre hecho al peligro. El peligro le entusiasma. Cualquiera es contrabandista ahora. ¿Por qué no intentar la búsqueda del tesoro?... Si llegara a fracasar encontraríamos otros trabajos más de acuerdo con nuestro carácter...

—¿Otros trabajos?...

—Sí, jefe. En el sur, en la Patagonia Argentina, hay minas de oro en explotación. Nunca ha pasado nada. Con cuatro valientes, nos hacemos millonarios.

—¿Volver al asalto, Bill?...

—Si falla el tesoro, jefe. Pero el tesoro no fallará.

—Está bien. Dejemos las cosas así. Lo pensaré y ya hablaremos luego.

Resneck, el de la cicatriz en el mentón, colocó una botella de whisky sobre una piedra y a una distancia de cincuenta metros probó la puntería.

Satisfecho de la prueba, tomó la botella descabezada y se la llevó a los labios. Hizo chasquear la lengua, diciendo voluptuosamente:

—¡Delicioso, Bill!... ¡Echa un trago!...

"La pandilla de Resneck bajaba al valle..."

IV

¡VENENO!...

LI-SUNG HALLA UNA SOLUCION

—LA acción de la hemoglobina se interrumpe y la persona envenenada morirá sin remedio... —dijo Li-Sung.

Mr. Gordon Burke y Mr. Nicholson prestaban suma atención a las explicaciones del terrible amarillo.

Mr. Nicholson preguntó:

—¿Pueden descubrirse las verdaderas causa del fallecimiento?...

—No, Mr. Nicholson. Esto no es simplemente ácido prúsico. Esta es una solución desconocida para la ciencia, que no deja rastro alguno. El informe médico asegurará que la víctima ha caído a consecuencia de cualquier mal cardíaco o algo parecido. Pero jamás se sabrá cual es la única causa.

Mr. Gordon Burke intervino.

—¿Es imprescindible sacrificar esas vidas, Mr. Nicholson?

El odio encendió un relámpago en los ojos de Li-Sung. Mr. Nicholson meditó un brevísimo instante antes de responder a la pregunta del subjefe.

—Mr. Burke — dijo el ayudante en tono pausado, como si midiera el valor de las palabras — no solamente es preciso obtener el legajo, sino también la seguridad de que nadie entorpecerá nuestras actividades en el Sur argentino. ¿Estamos?... Por otra parte, no hay que tener reparos, pues esta es una guerra de vida o muerte.

Li-Sung, con malvada sonrisa, reafirmó la argumentación de Mr. Nicholson:

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo... ¿Por qué dudar si nadie podrá averiguar la verdad?

—¿Está usted seguro, Li-Sung?...

El misterioso amarillo interrumpió la interrogación de Mr. Nicholson.

—¿Quiere usted que hagamos la prueba?...

El ayudante se parapetó en su seriedad. La decisión estaba tomada. Los tres camaradas y quizás, con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, regocijábase íntimamente y experimentaba por anticipado la voluptuosidad salvaje del crimen, el placer infame de llevar a la práctica su estúpida y cruel venganza contra los hombres blancos.

V

EL HACHA DE PORFIDO

LA INSIGNIA DISTINTIVA DEL TOQUI

JIMMY, el Peliencendido, ex contrabandista; Joe Mc. Lean, ex sargento de la Policía Montada y Dick, que perteneció al mismo cuerpo en calidad de voluntario, estaban en las vísperas del viaje a la Patagonia. Con ellos irían también Eleonor y Jack, la fiel compañera y el heroico hijito de Jimmy.

Destruída la cabaña de Bulding por la potente máquina infernal del desgraciado terrorista Smirloff, viéronse obligados a improvisar dos viviendas en el valle de Marbridge, donde ultimaban los preparativos para la aventura.

Jimmy hablaba de Tucapel y de los indios toquis con profundo conocimiento. Sus revelaciones ponían en evidencia su cultura respecto a las razas que poblaron la América del Sur.

—Los toquis — decía Jimmy el Peliencendido — pertenecen al Estado Araucano. Se denominaban toquis, del verbo toquin, que significa juzgar o mandar.

—A veces dudo de que Tucapel, a pesar de todo, nos acompañe, —dijo Dick.

—Cuento con él, Dick, no te preocupes. Además le llevo la insignia distintiva del toqui.

Composición y dibujo ejecutados especialmente para esta novela en la sección gráfica de CRITICA, por Premiani

Y de entre sus ropas, Jimmy extrajo un hacha de regular tamaño, hecha de pórfido.

—Esta insignia —explicó el Peliencendido— perteneció a Culunantu, un indio que murió a la edad de ciento veinte años y que antes de desaparecer hizo depositario del secreto del tesoro de la Ciudad de los Césares a Tucapel. Culunantu recibió el secreto de labios de Curiñancu, cacique toqui.

Tal era la atención que dominaba a los que rodeaban a Jimmy que no vieron la sombra que se deslizaba por entre las grandes piedras, poniendo especial cuidado en no ser advertida por nadie.

La sombra se detuvo un segundo. Inspeccionó el interior de la vivienda y luego desapareció. Corría por entre los pedruscos en dirección al Oeste. Al llegar a la roca de Brockmore la sombra hizo alto. El resplandor de la luna iluminó su rostro. Era Li-Sung.

Li-Sung dió la señal con un prolongado silbido. En la vivienda de Marbridge hasta donde llegó el eco, hicieron la señal de la cruz para ahuyentar al pájaro agorero. Pero, desgraciadamente, el pajarraco era Li-Sung y a Li-Sung nadie lo había ahuyentado nunca con el religioso signo de la Cruz.

VI

RESNECK

EL DE LA CICATRIZ EN EL MENTON

RESNECK era el rey del contrabando. Ni Jimmy el Peliencendido, en sus mejoras tiempos realizó negocios tan importantes como los que llevaba a cabo Resneck con su pandilla.

Tenía una cicatriz en el mentón y sus ojos miraban con desconfianza. Había nacido en Detroit; pertenecía a una familia de clase humilde y desde pequeño Resneck demostró cierta vocación para violar la ley. Anduvo con Taylor Burton y quien haya conocido a Taylor Burton comprenderá inmediatamente la escuela brava de Resneck.

Taylor Burton fué un pillo como no existe y tardará en nacer otro. Era tan convincente y tan irresistible que no había caja fuerte en Detroit que no cediera a sus instancias.

Con este pájaro de avería hizo su aprendizaje Resneck. Hasta el momento de implantarse la ley seca, dedicábase al contrabando de seda. Luego, permutó la seda por el alcohol por ser mucho mayor el rendimiento de las bebidas prohibidas.

Cierta noche, a raíz de una discusión con Earl Fisher de Cincinnati, sufrió un accidente que casi le cuesta la vida. Earl Fisher lo marcó en el mentón con su cuchillo y si no interviene Bill, no sería difícil que a estas horas anduviera penando el alma del contrabandista.

Earl Fisher, traficante de alcoholes también, desapareció de los lugares que frecuentaba Resneck, pero no de su memoria. Porque Resneck solía decir a sus íntimos:

—A cada hombre le llega su hora. Earl Fisher me pagará su deuda...

VII

UN ASUNTO SERIO

VAN A TRATAR RESNECK Y BILL

—VAMOS, Bill, ya lo he pensado y quiero hablar contigo, —dijo Resneck.

Bill se puso a su lado y juntos los dos contrabandistas echaron a caminar hacia la ladera de Mondanay. En el trayecto, Bill preguntó:

—Está decidido, jefe? ... ¡Ya le decía yo que el asunto era serio!... ¿Un buen golpe, verdad?... Creo que una vez en posesión del tesoro, podremos llamarnos a silencio...

—¿Estás seguro, Bill, de que hay oro en la Patagonia Argentina?

—Eso lo saben los colegiales, Jefe. ¡Vaya si hay oro!... Algo sé de eso. En Neuquén, abundan las minas, muchas de ellas en explotación.

—Siquiera por eso, Bill, ¿vale la pena un viaje al sur argentino?

—Jefe, yo quiero ser de la expedición. ¿Qué mejor respuesta que mi entusiasmo?

—Bueno. El negocio está resuelto. Iremos al sur a buscar oro, sea de las minas o de esa ciudad de los Césares. Reune a la gente y los que quieran seguirme que avisen. Saldremos pronto y trataremos de volver pronto también. ¿Entendido, Bill?

—Entendido, Jefe.

Ya iba a dejar a Resneck, cuando éste, tomándolo de un brazo, le dijo:

—Mientras tanto, será conveniente que veamos el legajo ese de que hablabas. ¿Quién lo tiene?

—El legajo que guarda el secreto del tesoro está en poder de Jimmy el Peliencendido.

—Bien. Procura apoderarte de ese documento lo antes posible.

Bill dejó a su jefe en la ladera y se dirigió a las carpas donde se hallaban los hombres de la banda. No hubo uno que se negara a participar de la aventura. Toda la canalla de Resneck festejó con whisky el próximo paseo en aventura a la Patagonia Argentina.

VIII

NOCHE DE ESPANTO

EL EXTERMINADOR EN ACECHO

—SI es necesario usar las armas, se usan... Pero, el éxito depende de que podamos enlazarlos vivos...

Con estas palabras Mr. Nicholson se despidió de Li-Sung. Los hombres, emisarios de la maldad, dividiéronse en dos grupos. Uno de ellos, dirigido por el chino de la Caverna del Dragón, estaba formado por el Corcovado y por un mercenario del hampa a quien contrataron por un puñado de dólares.

En el otro grupo iban Mr. Nicholson, Mr. Gordon Burke y un sujeto que gozaba de la privanza de Mr. Nicholson. Habían convenido encontrarse después de media noche en el valle de Marbridge, en las viviendas que ocupaban Dick y Joe y Jimmy el Peliencendido, su mujer y su hijo.

Li-Sung iniciaba la marcha.

—Las pistolas listas, muchachos, por si no dan tiempo para operar.

Ni una luz se veía en la noche. Los hombres caminaban a tientas, tropezando en las piedras y sembrando de maldiciones la oscuridad.

—¡Cuidado, Corcovado, que te vas de narices!...

—¡Al infierno con todo!...

—¿Por qué no habrás salido luna encanallada?...

Al llegar a la vivienda hicieron alto. A cincuenta metros, junto a la otra choza detuviéronse también Mr. Nicholson, Mr. Burke y el sujeto que los acompañaba.

Sin vacilar un segundo penetraron en las improvisadas cabañas con las armas listas. El chorro de luz de las linternas iluminó el refugio.

—¡Manos arriba! ¡Manos arriba!...

La gente, en las dos viviendas, no tuvo más remedio que rendirse.

IX

PRISIONEROS

TRES HOMBRES, UNA MUJER Y UN NIÑO

ARRANCADOS violentamente del sueño, los moradores de las dos chozas fueron obligados a bajar al valle. Allí, el Corcovado, el mercenario y el sujeto que gozaba de la privanza de Mr. Nicholson, fueron atando a uno por uno, con fuertes ligaduras a los troncos de los árboles centenarios.

Jimmy, Eleonor, el pequeño Jack, Joe y Dick, estaban a disposición de Li-Sung, el enemigo irreconciliable de la raza blanca.

La mujer lloraba por su niño.

—¡Jack!... ¡Mi pequeño Jack!... ¿Por qué sufriremos tanto?...

Los tres hombres guardaban silencio.

Mr. Nicholson acercóse a Li-Sung que en ese instante se ocupaba en preparar una pequeña jeringa y le dijo:

—Buscaremos primero el legajo y luego terminaremos la tarea. Si no aparece, no habrá más remedio que aplicarles la tortura.

Abandonando a los prisioneros, los asesinos se introdujeron en las viviendas y comenzaron a buscar afanosamente los documentos valiosos. Examinaron las pieles, los rincones, todos los escondrijos imaginables, sin resultado.

Mr. Nicholson daba muestras de enojo.

—¿Dónde estará el legajo?... ¿Será preciso arrancarles la lengua?...

Defraudado en su deseo, el ayudante de Mr. Gordon Burke salió de la choza y se aproximó a Jimmy.

—Jimmy: soy hombre de pocas palabras. ¿Dónde está el legajo?

—No lo sé, —respondió el prisionero.

—¿Dónde está el legajo?... Te juro por la salud de mil demonios sueltos que si no te apresuras a decirlo haré que te arranquen la lengua a tí y a los demás. ¡Habla! ¿Dónde está el legajo?...

—No lo sé —repitió el Peliencendido.

Mr. Nicholson le dió una bofetada.

—¡Canalla!... —gritó Jimmy—. Será mejor que me mates porque si llego a salir con vida de esta, te costará a tí el pellejo.

Mr. Nicholson rió con maligna y estrepitosa risa.

—¿En qué sitio ocultas el legajo?...

PREMIANI

DE LA CIU-
CESARE

Dick Mc Kenna

COMPAÑERO DE JOE



EL CHINO MISTERIOSO



HIJO DE JIMMY



JEFE DE CONTRABANDISTAS

—¡Váyase al cuerno, bestia inmunda! —fué la respuesta de Jimmy.

Mr. Nicholson llamó a Li-Sung.

—No quiere hablar —le dijo—. Usted ya sabe cómo conseguir que confiese. A usted le toca ahora interrogarlo —añadió con significativo gesto.

El amarillo no se hizo repetir la orden. Munido de sus instrumentos de tortura acercóse al hombre imposibilitado de todo movimiento, y esgrimiendo un afilado estileto rasgó brutalmente la camisa de Jimmy. Con el pulso firme Li-Sung hirió de un tajo leve el pecho del pobre ex contrabandista.

—Mátame de una vez, canalla... No lograrás de mí ninguna revelación.

Esta vez, las palabras de Jimmy fueron pronunciadas en tono bajísimo. Sin duda, el Peliencendido quería evitar que llegaran a oídos de la mujer y la criatura, para quienes tardaba en presentarse la ayuda de Dios, el milagro de la salvación.

X

LA PANDILLA

RESNECK Y LOS SUYOS INICIAN EL VIAJE

RESNECK dió una orden y todo el mundo obedeció. La orden era de ponerse en marcha a la media noche, iniciando así el proyectado viaje a la Patagonia Argentina. Los bandidos del Norte se dirigían a las tierras del Sur.

—¿Sabes lo único que lamento, Bill? —dijo el recio contrabandista a su compinche al abandonar la guarida.

—¿Qué es éso, Resneck?

—Marcharme sin haber liquidado la cuenta que tiene pendiente Earl Fisher. Pero una temporada podrá dormir tranquilo, pero, en cuanto se termine el negocio, me dedicaré por entero al inolvidable Fisher.

A caballo cruzaron la llanura y luego el desfiladero. Doblaron por la senda que va a parar a Marbridge y ya enfilaban el recodo cuando Resneck, que iba delante, detuvo su cabalgadura.

—¿Qué es aquéllo, tú Steel, que tienes ojos de gato?

Steel dirigió su mirada hacia el Oeste. Y su mirada atrapó el espectáculo trágico que se desarrollaba en el valle, a escasos metros de las dos chozas.

—Hay gente en el valle —aseguró—. Si la vista no me engaña, son muchos los que se mueven allá.

—Echemos pie a tierra y esperemos. Preparad las armas.

Durante mucho tiempo permanecieron a la expectativa, aguardando a que las primeras luces del día les permitieran situar la posición. Resneck tenía sumo interés en vigilar las chozas, porque sabía que en una de ellas Jimmy el Peliencendido ocultaba el precioso documento del tesoro.

XI

EARL FISHER

RESNECK LIQUIDA SU CUENTA

—¡MUCHACHOS! — exclamó alborozado Resneck. ¡Mis queridos muchachos! ¡Dios me ayuda !

—¿Qué pasa Jefe? preguntaron los de la banda.

—¡Mis adorados muchachos! — seguía diciendo Resneck en el colmo de la felicidad. ¡Por fin me será dado cobrar lo que me pertenece! Aquel canalla que se vé allá es Earl Fisher. Voy a darme el placer de dejar mis asuntos arreglados antes de irme a la Patagonia.

La noche se diluía en las primeras claridades del día y Resneck alcanzaba a distinguir la identidad de la gente agrupada frente a las dos chozas.

—Mr. Nicholson... El chino... El Corcovado... Earl Fisher...

Earl Fisher era el sujeto que gozaba de la privanza de Mr. Nicholson.

Resneck se encaminó hacia ellos.

—¿Va solo, Jefe?

—Sí. Ustedes vigilen y al menor contratiempo, hagan fuego.

Bajó Resneck al valle, pero, antes de llegar a Fisher debía salvar el obstáculo de Li-Sung.

Li-Sung dejó de martirizar a Jimmy cuando lo vió al contrabandista y esgrimiendo su estileto se trabó en lucha con él. Pero Bill, desde la loma, lo abatió de un disparo de máuser. Li-Sung cayó a los pies del Jefe de la Banda.

Mientras esta rápida escena se desarrollaba, Mr. Nicholson trataba de ponerse a salvo, seguido de cerca por uno de los de la banda de Resneck. También Mr. Burke y el Corcovado huyeron precipitadamente.

Antes de salir del valle, Mr. Nicholson cayó bañado en sangre y junto a él, el Corcovado.

Resneck y su gente habían triunfado. Earl Fisher pagó su deuda al contrabandista de la cicatriz en el mentón y su alma y el alma de Li-Sung y el alma de Mr. Nicholson y el Corcovado, llamarían inútilmente a la puerta del cielo. Quizás ya tuvieron alojamiento en el infierno agasajados con lenguas de fuego por toda la corte del Diablo.

Jadeante, Mr. Burke se dejó caer al pie de un árbol. Tenía el rostro congestionado, los escasos cabellos revueltos, los ojos en lágrimas

—¿Valía la pena? ¿Valía la pena, señor?... —decía el Subjefe.

A las diez de la mañana llegó a su despacho. Notificó a la Superioridad de un hecho de sangre ocurrido entre malhechores y policías a consecuencias del cual perdió la vida Mr. Nicholson y solicitó licencia. Al atardecer, Mr. Gordon Burke partió hacia su casita de campo de Greenwill, para olvidar en la placidez del lugar las horas terribles que había pasado y su esperanza de apoderarse del tesoro escondido.

XII

LIBRES

RESNECK ORDENA LA LIBERTAD

EL de la cicatriz en el mentón dijo a Bill:

—Corta las ligaduras a esa gente...

—¿Y el legajo?... preguntó Bill.

—Ya lo obtendremos, no pierdas cuidado.

Eleonor, después de la espantosa emoción vivida, estalló en convulsivo llanto presa de un ataque de nervios. El pequeño Jack, niño heroico, no perdió la serenidad y se unió a su pobre madre para calmarla con frases ardientes de cariño:

—¡Madre! ¡Madre!...

Los tres hombres recuperaron la libertad.

Jimmy estrechó las manos de Bill y le agradeció lo que había hecho por todos los prisioneros.

Acompañado por los bandoleros, penetraron en la cabaña. Fuera, solo quedaban Resneck y Bill.

—¿Estás seguro, Bill?

—Sí, jefe. En el mismo árbol donde se hallaba sujeto Jimmy; allí está el escondrijo.

Inspeccionaron detenidamente el árbol y al cabo de unos minutos, dieron con un hueco disimulado entre las raíces que sobresalían, levantando la tierra cobriza. Bill introdujo su brazo y dió un grito de triunfo.

—¡Aquí está!

Resneck inmediatamente retiró de la mano del bandido el envoltorio y lo ocultó entre sus ropas.

En el interior de la vivienda, los prisioneros que habían sufrido tanto, reconfortábanse con un trago de whisky.

Joe, Dick, Jimmy, todos, en fin, experimentaban la inenarrable alegría de sentirse fuera de peligro. Con ellos fraternizaban los salvadores.

Resneck formó a la canalla que lo rodeaba y ordenó que se reanudara la marcha. La felicidad asomaba su perfil claro en la vivienda. Pero, ni Jimmy, ni Joe, ni Dick se imaginaban que Resneck se alejaba con el legajo que guardaba el secreto del tesoro de la Ciudad de los Césares.

XIII

HACIA EL SUR

IBA LA CARAVANA DELINCUENTE

LLEVABAN un mes de marcha. Después de la travesía en vapor, los hombres de Resneck se internaron en el Perú. No les faltaban víveres ni dinero y por otra parte, si esto ocurriera, ya sabían ellos cómo proporcionárselos.

Viajaban aprovechando las noches, dispuestos a cualquier accidente. Durante las horas del día descansaban. Resneck y Bill habían estudiado de memoria el legajo.

—Será conveniente que nos vayamos bordeando la Cordillera. El mismo trayecto que hace cuatrocientos años cumpliera Diego Almagro buscando un botín considerable según consta en este viejo folio.

—¿Necesitaremos de ese indio Tucapel? —interrogó Resneck.

—No hay que contar con él, jefe. Aunque le aplicara un hierro candente en la lengua o lo amenazara de muerte, no nos acompañaría para nada.

La banda avanzaba día a día. Al cabo de unas semanas estaba en la Patagonia. Y fué al llegar al Neuquén cuando Resneck conferenció con su segundo:

—Bill — le dijo — tenemos que hacernos de dinero. Entérate dónde hay oro para el primer asalto.

Resneck y su gente, los bandoleros del Norte, iban a asombrar a los tranquilos pobladores del sur argentino, con un golpe de audacia.

"Li-Sung trabóse en lucha con el contrabandista..."

XIV

EL INDIO

OBEDECE CIEGAMENTE A JIMMY

DETRAS de los bandidos del Norte, llegaron a la Patagonia los tres camaradas con Eleonor y el pequeño Jack. Traían el dinero suficiente para vivir durante el tiempo que necesitaran para la búsqueda del tesoro y la voluntad de triunfar.

—¡Nos haría falta el legajo! — lamentábase Dick.

—No importa — decía Jimmy — el legajo está en poder de Resneck, pero de nada le servirá. Yo recuerdo perfectamente todas las indicaciones y además, cuento con el apoyo de Tucapel.

Fué en los momentos que precedieron al viaje, que Jimmy descubrió el robo de los documentos. En seguida pensó en Bill y en Resneck.

—No pueden ser otros sino ellos — se dijo. — Nos han salvado la vida, pero se llevaron el legajo.

Lo primero que pensó fué ir en pos de los bandoleros y tratar de obtener lo que le pertenecía, pero desistió de su propósito después de reflexionar largamente:

—A lo mejor, perdemos la vida en el encuentro. No es que yo le tema a la muerte, pero, salimos de un peligro y siempre es triste caer en otro. ¿Se llevan el legajo? Bueno. Que vayan a la Patagonia, que se metan en la aventura... Veremos, a la postre, quién tiene más suerte...

La verdad es que si Jimmy no corrió detrás de la banda de Resneck fué únicamente por evitar un nuevo terror a su pobre compañera y a su hijo Jack.

En el sur del Neuquén acamparon. Frente a ellos levantábase imponente la nevada cordillera. Era un espectáculo soberbio e impresionante.

Jimmy encontró a Tucapel sentado junto a su miserable choza en la misma actitud descripta por Bill, como si el tiempo no transcurriera para el indio, como si el indio no fuera un ser viviente, sino un trozo de piedra desprendido de la gran cordillera.

Pocas palabras necesitó el Peliencendio para atraerse a Tucapel.

Hablaba dificultosamente, haciendo evidentes esfuerzos para ser entendido.

—Vengo de la otra parte del mar, de cierto lugar llamado Gulcheman, esto es, la morada de los hombres ultramontanos.

Tucapel le extendió la mano en señal de amistad.

XV

EL ASALTO

CAE EL PAGADOR DE LA MINA ROJA

—A las seis, en el camino de la Mina Roja, había dicho Resneck a los suyos.

El camino de la Mina Roja era una senda abierta entre bardas, de más de doscientos kilómetros de extensión. Iba desde el puesto de Balwin, un inglés explorador que trabajaba en las minas de oro, hasta la misma Mina Roja, llamada así por el color de la tierra arcillosa de los alrededores.

Cada dos semanas, el pagador de la Mina Roja dirigíase en un auto maltrecho, dando tumbos con su ayudante, desde las oficinas hasta los galpones y viceversa con los maletines repletos de bolsitas de oro y la valija con los billetes destinados al pago de jornales.

Esa tarde venía desde Andacollo, desde las minas en explotación, conduciendo una gran cantidad de oro. Pagador y ayudante pasaron la noche en Chos Malal, un pueblo muerto a donde van a parar aventureros ingleses, buscadores de oro, "rotos" chilenos e indígenas bebedores, que trabajan meses y meses en la afanosa búsqueda del oro y dejan su bolsa en los hospedajes ínfimos a cambio de alcohol.

Chos Malal significa Corral Amarillo, porque amarillos son los cerros que rodean la triste población olvidada en el sur. Fué la primera fundación argentina donde las fuerzas del ejército batieron a los indios picumches que obedecían al famoso cacique Purran.

Al amanecer, los dos hombres salieron de Chos Malal en dirección a Zapala. Al llegar al lugar denominado Arroyo Seco fueron sorprendidos por un grito.

—¡Alto!... ¡Manos arriba!...

Seis hombres armados de carabinas rodearon el automóvil maltrecho del pagador y su ayudante. Pero, los empleados de la Mina Roja ofrecieron resistencia disponiéndose a vender caras sus vidas.

El Pecoso rompió el fuego. Los proyectiles perforaron el cuerpo del pagador y al lado de éste cayó exánime el ayudante.

Resneck se apoderó del oro; retiró con la ayuda de su gente el auto de la huella y ordenó la retirada a caballo.

El primer asalto de los bandoleros del Norte habíase llevado a cabo contra los dos infelices servidores de la Stalwin Nelson Co., empresa explotadora de la Mina Roja.

XVI

EL GUAPO

LA BANDA LLEGA A ÑORQUIN

—¿HACIA dónde vamos, jefe?

—Hacia Ñorquin, Bill. Volveremos a Copahué y si los bardones de nieve lo permiten, acamparemos en las cercanías del volcán.

La banda de Resneck repartió el botín del primer asalto. El hombre de la cicatriz en el mentón daba a cada uno lo suyo, para evitar protestas, que casi siempre terminan con delaciones o incidentes sangrientos. Pesaron el oro y contaron los billetes y cada asaltante recibió el fruto de su participación en el doble crimen de Arroyo Seco.

—¿Y si nos separáramos, jefe...?

—No, Bill, de ninguna manera. Juntos formamos un grupo respetable y difícilmente se atrevan a detenernos; solos nos expondríamos a ir a parar a la cárcel, y la verdad, Bill, que sería triste haber venido como simples turistas a la Patagonia Argentina para que nos dieran alojamiento por varios años en un inmundo calabozo.

La noticia del asalto llegó a la comisaría de Ñorquin cuando los componentes de la gavilla cruzaban el lugar denominado Las Lajas. El comisario era un hombre corpulento, ya entrado en años, conocedor profundo de todo el territorio, audaz y valiente. Perseguía a los ladrones de ganado y él, con su propia mano, los castigaba.

Cuéntase que cierta vez apresó a un sujeto sindicado como autor de un crimen y le invitó a beber en su mesa. El presunto asesino bebió hasta perder el sentido y así pudo arrancar de labios del borracho la confesión del delito.

Cuando se le pasó la embriaguez, el comisario ordenó a uno de sus subordinados que ataran al confeso a un árbol y con su rebenque le aplicó de latigazos, hasta que el criminal perdió el conocimiento.

Con ese hombre llamado "El Guapo" tenía que vérselas Resneck y su cohorte de asaltantes.

XVII

EL TIROTEO

CON LAS FUERZAS DE GENDARMERIA

"EL Guapo" sabía que los bandoleros iban hacia el Norte. Hizo formar a sus hombres y les dijo:

—Muchachos: los autores del bárbaro crimen de Arroyo Seco van hacia Copahué. Debemos cortarles el paso y evitar que se pierdan en la Cordillera o que separados vayan a ocultarse en cualquier punto de la República. Cada uno de ustedes sabe cuál es su deber.

Los muchachos de la gendarmería nada dijeron. Pertenecían a la misma escuela de "El Guapo" y nunca se dió el caso de que retrocedieran ante el peligro.

"El Guapo" siguió de cerca los pasos a la banda. A cuatro leguas de Ñorquin se produjo el encuentro. Los salteadores yanquis echaron pie a tierra y respondieron a la gendarmería. El tiroteo duró una hora larga, al cabo de la cual Resneck y los suyos pudieron emprender la fuga. Antes de la huída hacia la Cordillera Bill llamó aparte a su jefe y le dijo:

—El Pecoso está herido, jefe. Creo que sería humano que dejara de sufrir.... No podemos llevarle con nosotros y como está tan débil — añadió con sonrisa canalla — a la menor tortura nos vende...

—Tienes razón, — respondió Resneck. Y acercándose al Pecoso, que yacía a un lado del camino le aplicó el tiro de gracia.

La gendarmería, con los animales muertos y escasa de proyectiles, retornó a la comisaría de Ñorquin. Cuatro hombres mal heridos fueron trasladados a Zapala, desde donde se les envió al hospital.

Resneck había logrado escapar con más o menos suerte, de la justicia primitiva de "El Guapo".

XVIII

DIEZ AURORAS

PARA LLEGAR A LA GRAN CIUDAD

—¿A qué distancia de aquí vivió el Rey Blanco? — preguntó Jimmy a Tucapel.

—A diez auroras. Culunantu lo dijo. Curiñancu no mintió nunca. En "curicahuin", el convite negro de los velorios, Culunantu me dió el secreto.

Tucapel extrajo de sus ropas una flecha pequeña, cruzada por un hilo rojo y la besó. En ese instante, dejóse oir el graznido de un ave de rapiña.

Por tres veces, Tucapel dobló su espalda y haciendo signos extraños con sus manos murmuró una oración araucana.

—¡Culunantu!... ¡Culunantu vendrá esta noche!...

Luego, con ramas secas hizo una hoguera y puso a calentar agua en un recipiente semejante a una tetera.

Preparó el brebaje verde y ofreció un "mate" a Eleonor.

Ya entrada la noche, una noche de luna clarísima de estrellas, Tucapel preparó un camastro para la mujer y el niño.

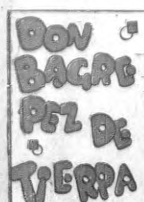
—Nosotros, afuera... — dijo.

Y los tres hombres del Norte, se tendieron sobre la tierra junto al indio toqui, bajo el cielo más hermoso del mundo.

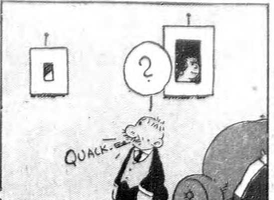
Joe Mc. Lean meditaba:

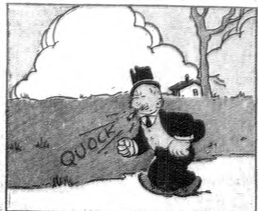
—A diez auroras de aquí... La Ciudad del Rey Blanco... El tesoro de la Ciudad de los Césares...

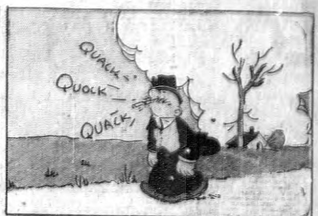
Lea el próximo sábado el V episodio:
"TUCAPEL: EL INDIO TOQUI"





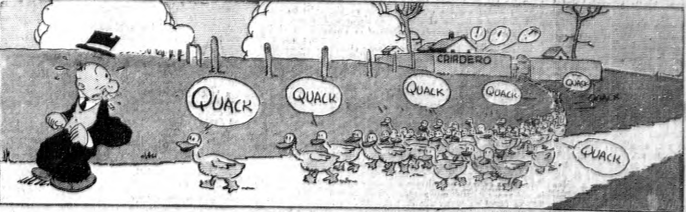












LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI

































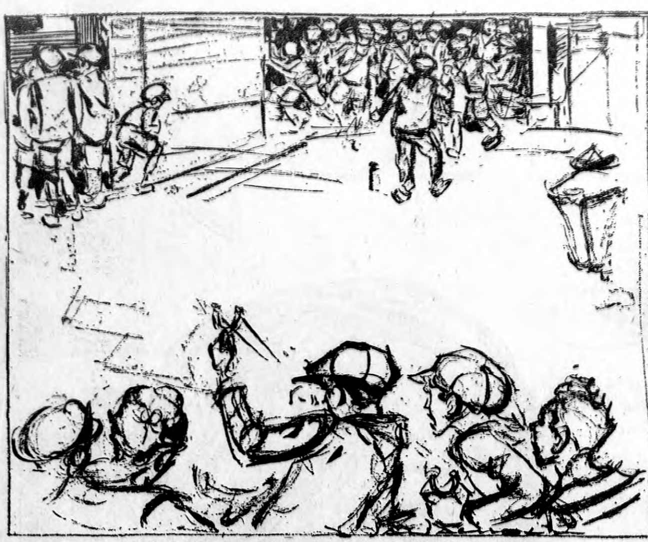








LOS GUERRILLEROS DEL BALDÍO



—"¡Adelante, muchachos! — gritaba el Gomero. (Dibujo de Parpagnoli)

por J. Antonio Beltrami
(Especial para CRITICA)

LA barra del Mercadito, llamada también del baldío, se reunió en sesión permanente. Allí estaban Lagartija, el Gomero, Diente de Oro, Pajarito y tres arrapiezos más, primeras figuras del "team" callejero, sobresalto del vecindario y preocupación del vigilante.

El Gomero era evidentemente, el jefe de la pandilla. Ejercía su autoridad sobre los demás y su palabra no admitía réplica. En el "football" era todo un "crack" y en las guerrillas, un estratega, una especie de Napoleón en miniatura, con alpargatas y bonete de papel.

La pandilla preparaba una incursión al barrio de las latas. Había sido derrotada con la pelota de trapo y disconforme con la suerte, quería vengarse a pedradas y a certeros tiros de honda de sus rivales.

El Gomero planeaba el asalto:

—Muchachos, hay que estar alerta. Vos, Diente de Oro, tenés que quedarte de guardia y vos Lagartija, te vas de recorrida por el barrio para observar cómo marchan las cosas. Al anochecer se arma la trifulca.

—¿Cuántos somos, Gomero?— preguntó Diente de Oro.

—Yo, uno—el Gomero siempre se anotaba primero—vos, dos; Lagartija, tres; Pajarito, cuatro; estos dos, seis y podemos contar a Poligriyo y Torterolo. Si se niegan, peor para ellos.

El Gomero era un muchachote fuerte, morocho, con un tic nervioso que lo obligaba a guiñar su mirada sobradora.

—¿Se la iban a llevar de arriba?... Tenemos que hacer un escarmiento aunque más no sea para demostrarles que sabemos pelear. ¿Estamos?...

—Estamos, Gomero.

—Bueno, ahora una cosa: si alguno falta al compromiso de honor, será mejor que no aparezca más por el Parque...

Todos comprendieron el valor de la amenaza del Gomero. Ya una vez, cuando se trenzaron con los de Caseros, hubo un desertor—el Gorrén—a quien en castigo el Gomero le aplicó una feroz paliza.

La pandilla se disolvió y cada uno se fué por un camino distinto.



En el barrio de las latas no pasaba inadvertido el extraño movimiento de la pandilla.

—¡Ché, Petizo!... ¿Qué pasa en el Parque?

De vereda a vereda Panchito el del almacén del Ancla y el Petizo comentaban las novedades del día.

—¡Se están movilizando!... Avisá a los muchachos que esta noche en la esquina del buzón tenemos que conversar.

Y esa misma noche, en la esquina del buzón, el Petizo, Panchito y el resto de la barra tuvieron una conferencia.

En plena discusión estaban cuando asomó su perfil pícaro Lagartija. Quiso ocultarlo prontamente, pero el Petizo lo descubrió:

—¡Ahí anda Lagartija!...

—¡Es un espía!...

—¡Vamos a no dejarlo escapar!...

Lagartija puso pies en polvorosa seguido de cerca por la jauría. En el límite del Parque lo apresaron.

—Decí la verdad. ¿Qué hacías por el barrio?

—Estaba paseando. ¿Acaso el barrio es d. ustedes?...

—Mentís, Lagartija. Vos venías a vigilarnos. O nos decís todo lo que sabés o te rompemos las narices a trompadas.

—¡Aprovechadores! ¡C i n c o contra uno! ¡No tienen vergüenza!...

El Petizo se abrió del grupo. Con los puños apretados y la indignación reflejada en su cara traviesa, dijo desafiante:

—¡Qué cinco contra uno!... Yo solo me basto...

—Mojále la oreja, Petizo.

El Petizo le mojó la oreja, pero Lagartija recibió la humillación sin reaccionar.

—¡Sangre de horchata! ¿Por qué no peleás? ¿Tenés miendo? Sos un cobarde!...

—Déjenme ir!... Yo no les hice nada...

La barra tuvo lástima de Lagartija y lo dejó en libertad. El espía apuró el paso y cuando se alejó cincuenta metros, echó a correr velozmente en dirección al Parque.

El Gomero esperaba detrás de la fuente abandonada. Lagartija, sudoroso, fatigado, conteniendo la rabia de la humillación que había soportado sin chistar, fué al encuentro del jefe.

—Gomero—le dijo—Aquéllos están al corriente de todo.

—¿Cómo lo sabés?

—Acabo de pelearme con todos. Cinco contra uno. Me descubrieron en la esquina del buzón y no tuve más remedio que pelear. Al Petizo le dejé un ojo en compota...

El Gomero lo miró de arriba a abajo. Lagartija, temeroso de quedar como un farsante, no resistió el examen del jefe.

—Tené cuidado con lo que decís. Si es mentira, te vas a arrepentir...

—Es verdad, Gomero. Estaban reunidos en la esquina. Panchito decía: "Hay que ganarles de mano".

—¿Ah, sí?... Bueno, Lagartija, llamá a los muchachos.

La pandilla volvió a reunirse apresuradamente y al cabo de media hora se convino de acuerdo a lo que opinaba el Gomero, adelantar la hora del ataque.



De uno en fondo formaron los muchachos del Mercadito. El Gomero pasó revista y notó la falta de Pajarito. Envió a Diente de Oro en su busca con instrucciones precisas para que se presentara de inmediato. Al cabo de diez minutos el emisario retornó:

—Pajarito, no viene.

—¿Por qué?

—No se. Fuí a su casa y la Negra me dijo que no estaba. Para mí que tiene miedo y se hace negar.

El Gomero se puso serio. Escupió con enojo y después de empujar con violencia a Diente de Oro, dijo:

—A Pajarito hay que enseñarle a ser compañero. Me lo dejan a mí. Yo mismo, con estos puños, le voy a dar una lección que no olvidará en todos los días de su vida.

Pajarito estaba condenado. El Gomero jamás amenazaba en vano.

La pelea se inició con la ofensiva de la barra del Mercadito. Al frente, como un general que lleva toda la responsabilidad de la batalla, iba el Gomero. Le seguían Diente de Oro, Poligriyo y Torterolo. En la retaguardia, protegiendo el cuerpo detrás de todos, iba Lagartija.

La guerrilla fué terrible. En la primera etapa se hicieron pedazos los vidrios de los faroles y alguno que otro de las ventanas de las casas vecinas.

La gente no se animaba a asomarse a las puertas, y el vigilante, previendo el batuque, habíase alejado disimuladamente.

El Gomero gritaba:

—¡Adelante, muchachos! ¿Qué hacés que no peleás, Lagartija?

Lagartija no contestó. Y como continuara ocultándose, el Gomero se acercó a él y al tiempo que le aplicaba una tremenda bofetada, le reprochaba:

—¡Cobarde... ¿Vas a pelear, sí o no?... Si no peleás te mato a golpes...

Lagartija no tuvo otro remedio que avanzar. Pero, lo hizo con tan mala suerte que recibió en pleno rostro una pedrada.

—¡Ay!... ¡Ay!... Llevame a casa, Diente de Oro...

Diente de Oro, demasiado preocupado en la tarea de hacer blanco con su honda no escuchaba los ayes del arrapiezo herido.

—¡Adelante, muchachos!...

Al grito del Gomero, la barra inició el asalto de la posición enemiga. La batalla estaba ganada. Panchito quiso jugarse en un cuerpo a cuerpo con el Gomero, pero éste, más fuerte, lo dejó fuera de combate.

La barra del Mercadito había triunfado. Los vencidos corrían con la velocidad que sus piernas les permitían, unos llorando a lágrima viva, otros, con más vergüenza, ocultando las heridas con un pañuelo tinto en sangre.

Diente de Oro inspeccionó el campo de batalla y recogió dos gorras abandonadas por los perdedores. Al entregárselas al jefe, le dijo:

—Tomá, Gomero, guardalas como recuerdo...

El Gomero hizo formar a su ejército victorioso y retornó al Parque. Recién entonces apareció a lo lejos la figura del vigilante.

Pajarito atravesaba el Parque corriendo cuando le salió al paso el Gomero.

—Pajarito...

El chico se detuvo. Alguien le había comunicado la amenaza del jefe y al verlo parado frente a él, comenzó a temblar.

—Gomero...

—Hablá, cobarde... ¿Qué tenés que decir?... ¿Por qué faltaste a la pelea?...

Pajarito no pudo contener las lágrimas.

—¡Ah! ¿Llorás ahora? ¿No tenés vergüenza?...

Pajarito, con voz que entrecortaba el llanto, explicó al Gomero:

—Gomero, no lloro de miedo por vos... Lloro por la vieja... Tengo a mi mama muy enferma y cuando fué a casa Diente de Oro yo había ido a la botica... El doctor dice que la vieja se muere...

El Gomero puso su mano sobre el hombro de Pajarito. Le acarició la cara paternalmente y le dijo:

—Vamos, Pajarito, te acompaño... Tu vieja se va a sanar, vas a ver. Dios me dice que se va a sanar...

Y esa noche, los muchachitos del baldío olvidaron la victoria y fueron a ver cómo seguía la pobre vieja de Pajarito.

—"¿Por qué no peleás? ¡Tenés miedo?"... (Dib. de Parpagnoli)

Mambrú se fué a la guerra

(Especial para CRITICA)
por Lola Piñal

DORMIA el niño sobre el jergón de paja en la destartalada vivienda del labriego. Amanecía y allá lejos, detrás del horizonte, apuntaba el sol.

El padre, que había permanecido las horas muertas junto a la mesa de pino, hundido en la ciénaga de sus oscuros pensamientos, no se atrevió a despertar al hijo. Acercóse despacio; lo contempló dormido; dobló su recio cuerpo y acarició con sus labios la frente del niño. Luego, sobreponiéndose al dolor, se dispuso a marchar.

—¿Es el momento, Gaspar? — preguntó la mujer cenceña y pálida, los ojos llorosos, el alma en el suelo.

—Es el momento, mujer. Después de todo, cuanto más pronto, mejor.

—¡Gaspar!... ¡Gaspar!... ¿Y para esto, Dios mío, hemos nacido? ¿Para esto trabajamos y nos unimos y tuvimos un hijo?...

—No hay más remedio, mujer... Todos prefieren la casa a la trinchera, pero hay que obedecer.

—¡Si todos quisieran!... ¡Oh, Gaspar!... ¿Acaso no tienen un deber que cumplir?... ¿Y la mujer, y los hijos y el Evangelio?...

—Todo eso es cierto, mujer, pero hay que ir. Ellos mandan y nosotros obedecemos.

—La guerra, Gaspar, deberían hacerla los que mandan... Solamente los que mandan.

El hombre estrechó entre sus brazos a la infeliz compañera deshecha en lágrimas.

—Vamos, a no llorar... Desde cada puesto tendrás noticias mías. Cuida al niño y cúidate tú misma...

—¡Gaspar! ¡Gaspar!

—Adiós, mujer... No grites. ¿No ves que vas a despertar al niño?...

El niño volvió del colegio pensativo y triste. Dejó sus cuadernos y su gorra sobre la mesa y sentóse en la penumbra del cuchitril.

—¿Què hay, niño?

El chico no respondió. Al cabo de un silencio breve interrogó a su vez:

—¿Cuándo vuelve papá?

—Cuando acabe la guerra, hijo.

—¿Faltará mucho, madre?

—Será cuando se entiendan los gobiernos...

El niño tardó en volver a preguntar:

—Madre... ¿qué nos han hecho a nosotros los alemanes? ¿Por qué hay que matarlos?

—¿Quién te ha dicho eso?

—El maestro.

—A nosotros no nos han hecho nada los alemanes, hijo. Los pobres alemanes trabajan en el campo y en las fábricas como tu padre y a ellos también los mandan a combatir. Y los maestros también dicen a los hijos de los alemanes: "Hay que matar a los franceses"...

El niño no volvió a despegar los labios. La madre, como siguiendo el hilo de sus pensamientos dijo como en lamento apagado:

—La guerra es terrible... La guerra es una maldición de Dios.

—¡Eh, Nicolás!... ¿Qué haces?...

—Hago la guerra, Felipe, como tú...

—¡La guerra! ¡Vaya una tontería! La guerra no es más que una espera interminable. Y además, mucha suciedad. ¿Esto es de valientes?... Para hacer la guerra se necesita más estómago que valor. ¿No te da asco todo?

—Tienes razón. Pero no hay más que aceptar lo que venga. ¿Crees que me hace mucha gracia convivir con las ratas y comer sopa con gusto a metralla y pan agusanado?...

"No se atrevió a despertar al hijo"... (Dibujo de Parpagnoli)

—¿Te acuerdas de la aldea? Allí uno vivía a regañadientes con la miseria, pero después de todo, era feliz. Feliz cuando los campos florecían; cuando el buen sol sonreía; cuando el olorcillo del pan recién tostado llenaba la casa; feliz cuando el hijo se le dormía a uno en sus brazos y la mujer cosía a nuestro lado...

—No he recibido carta...

Gaspar se aproximó a los dos hombres, con el rostro sucio, como si hubiera comido barro.

—¿De dónde sales?

—De la trinchera treinta y seis. Toda la noche duró la excavación. Estoy rendido.

Gaspar se extendió sobre la tierra. Iba a cerrar los ojos, cuando el cabo del regimiento encargado de repartir la correspondencia, apareció con un paquete de cartas:

—Gaspar Lemoine...

El soldado se puso de pie automáticamente. Recogió la carta que le alcanzaba el cabo y rasgó el sobre, nervioso. Sus ojos recorrieron con avidez el papel borroneado.

—Es el niño quien me escribe... — dijo.

Ya no se acostó. Sentóse aparte, sobre un tronco de árbol y así permaneció ensimismado hasta que el sargento de los bigotes de alambre ordenó formar.

—¡Soldados!...

La orden superior era terminante. El ataque debía comenzar a medianoche.

—¡Al asalto!... ¡Al asalto!...

Cayeron los primeros envueltos en nubes de humo y de tierra. Silbaban las granadas y el estruendo de los cañones apagaba los gritos de dolor de los moribundos que se revolvían entre el barro y la sangre.

—¡Felipe!... ¿Estás ahí?

—Sí, Nicolás... Todavía no me mandaron al infierno!...

—¡Al asalto!...

Los soldados caían sin alcanzar a ver quién les enviaba la muerte. Tropezaban con los alambrados, hundíanse en los pozos que abrían las granadas, agarrábanse desesperadamente a la tierra o se arrastraban gimiendo como las bestias en el sacrificio.

Gaspar estaba con sus camaradas. Corría con ellos en la oscuridad, chapaleando el barro, sin saber a punto fijo dónde terminaría la aventura.

El enemigo no abandonaba sus posiciones. Parapetado en sus ametralladoras y en sus cañones, continuaba haciendo fuego para detener el ataque francés. El sargento de los bigotes de alambre trastabilló. Hizo un esfuerzo supremo para mantenerse en pie, pero no pudo y trató de asirse a la sombra más cercana.

—¡Me muero! ¡Me muero!...

Gaspar se inclinó sobre el herido, pero la noche le impedía ver su rostro.

Una granada estalló a veinte pasos. Gaspar levantóse rápidamente y continuó la desenfrenada carrera con sus camaradas.

—¡Alto asalto! ¡Al asalto!

Relucían en la oscuridad las hojas afiladas de las bayonetas.

—¡El enemigo!

Allí, a cincuenta metros escasos, estaba la primera trinchera alemana. Sobre ella cayeron los soldados franceses. Gaspar rodó en la horrible cueva con olor nauseabundo de muerte. Frente a él, un hombre corpulento blandía su arma. Fué un segundo. Y bastó para que Gaspar recordara a su mujer y a su hijo con un grito terrible, doloroso, trágico. Un grito, mezcla de ternura, de angustia y horror.

El hombre corpulento dejó caer el arma. Había comprendido. Hablaban los dos un idioma distinto y sin embargo, en el instante supremo se entendieron.

Pero la muerte, en acecho, sorprendió el brazo de los dos enemigos y lo eternizó.

—"Es preciso soportar la irreparable pérdida con resignación... Junto a esta carta le envío el retrato del niño y los papeles que encontré entre las ropas del pobre camarada"...

Vestido con su negro guardapolvo, el niño fué esa mañana a la escuela. Tenía los ojos enrojecidos de llanto.

El maestro lo acarició paternalmente y fué a ocupar su puesto al frente de la clase.

—"Fué un héroe... Un héroe da su vida por la patria... ¿Qué haréis vosotros cuando seáis grandes? ¿Cuando tengáis un hogar como el de vuestros padres?...

El niño, trémulo, se apartó de su banco y alzó su vocecita para decir:

—Yo no iré a la guerra. La guerra es una maldición de Dios... ¿Hay derecho a dejar a los niños sin padre?...

Los pequeños compañeros de aula, lo contemplaron sorprendidos. El niño lloraba. El maestro intentó un consuelo, pero la criatura, con palabra convulsiva gemía:

—¿Quién me devuelve a papá... ¿Usted, señor maestro?... ¿Quién me devuelve a mi papá?...

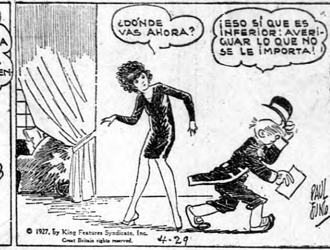
ESCALOPE Y SEVERINA

Los Humildes Servidores de un Gran Hotel — por Jack Lait y Paul Fung









LA SUERTE DE LAUCHA

Hazañas Cinematográficas — por Lym Young







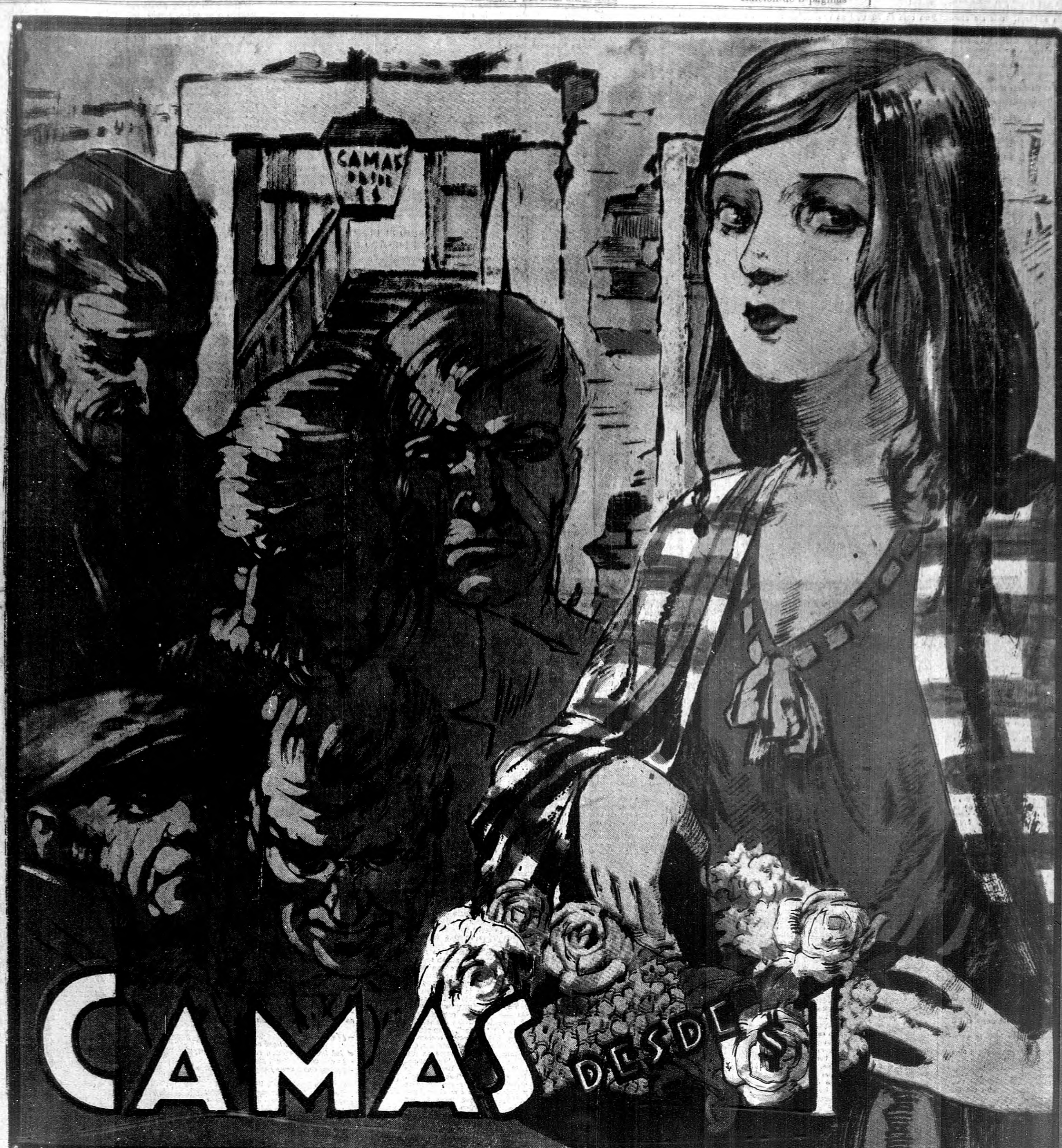


MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

CRITICA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 4. | SABADO, ABRIL 4 DE 1931 | Edición de 8 páginas



A mi hermano Raúl.

"Mi pobre corazón que ya conoce a los hombres"... — NAPOLEON.

LOS CINCO

ERAMOS cinco y nunca nos dijimos más que las buenas noches. Mi compañero de la derecha tenía una empalagosa sonrisa de maniquí. Acercábase a su cama en puntas de pie para no turbar nuestro sueño y si nos sorprendía con los ojos abiertos saludaba con amable inclinación de vendedor de tienda.

El de la izquierda, de rostro barbudo y sórdido, vivía en perpetua actitud de contrabando; ocultaba su ropa debajo del colchón, temeroso del robo o de la requisa y encogíase como un culpable bajo las sábanas. Al atardecer dejaba el hostal y con las manos en los bolsillos de su sobretodo color avellana, ubicábase en las esquinas a la espera del cliente que pagara a buen precio una mezcla de cocaína y bicarbonato, preparada en combinación con la Nucha.

De los otros dos inquilinos, uno era un viejo canario, pedigüeño y llorón, que cantaba malagueñas al son de su guitarra asmática y pasaba el platillo de la miseria entre las mesas alcoholizadas de los cafetines de la Ribera; y el último de la serie, un ex picapleitos doctorado en trapizondas y en el vivir de lo ajeno, ave negra en la mala, dolorido de reuma, cuyo catarro crónico rompía en una tos ronca el silencio de hospital del hospedaje.

Eramos cinco y cada uno de nosotros habitaba un mundo aparte. Eramos cinco hombres y una única solidaridad de hambre dentro del caserón colonial venido a parador de pobres por argucia del dueño Solano, que disimulaba con su profesión de hotelero, los deterioros infames de su frustrada honestidad. En el frente del caserón gris y tétrico, alumbraba la luz desoladora de un cartel: "Camas desde un peso".

(Colaboración especial para CRITICA)

por
Enrique González Tuñón

EL PUCHERO MISTERIOSO

Con humor de todos los diablos llegué a la fonda de pícaros y vagabundos, llamada del Puchero Misterioso por la olla a precio ínfimo y la catadura de sus parroquianos, hombres solos y en su mayoría malabaristas del hambre. El mozo era un robusto muchachote español, de rubia crin revuelta, por donde nunca pasó un peine, alimentado a puro caldo gordo, tan tacaño de grasa que no perpetraba excesos ni aun por divertimiento y vivía en absoluta abstinencia sexual, temeroso de enflaquecer y echar a la zanja su brillante porvenir de luchador romano.

Cuidaba su bolsillo como su salud y ante la menor amenaza de fiado, subíasele la sangre al rostro y embarullábanselè las protestas anticipadas. Siempre había un amigo en el Puchero Misterioso y una posibilidad de entrar en calor con un trago de caña. Esa tarde había decidido escapar de la furia de la ciudad, huir a cualquier parte, lo más lejos posible, sin pasaporte ni boleto alguno. Pero, habíame ocurrido una aventura grotesca, de esas que hacen sonreir tristemente, pues, durante una hora larga permanecí agazapado en un vagón de carga del Ferrocarril Sud, llevando como único equipaje una camisa raída y limpia y un par de medias envuelto en papel de diario, y cuando cansado de la espera asomé la cabeza a la portezuela del vagón, comprobé que el tren lo había olvidado en su viaje. Dejé la vía muerta con el alma en los pies y retorné al centro de la ciudad.

Caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón, el saquito lustroso levantado, dejando al descubierto los remiendos del trasero, la nariz amorotada de frío y la vista fija en el suelo, con la esperanza remota de un hallazgo y sobre todo, para evitarme la injuria muda de las gentes abrigadas y satisfechas

(Continúa en la pág. siguiente)